





EL SECRETO DE  
LA CASA DE TACUBAYA



Gabriela Ochoa

EL SECRETO DE  
LA CASA DE TACUBAYA



Primera edición: abril de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Gabriela Ochoa

ISBN: 978-84-19748-50-8

ISBN digital: 978-84-19748-51-5

Depósito legal: M-10612-2023

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en México

*A mi esposo, porque ha hecho que todo  
lo bueno, sea posible.*

*A mis hijos, mi descendencia, que son el motor que me impulsa,  
el ánimo que me fortalece y la convicción que me supera.*

*A mis padres.*





## JULIA. EL SECRETO

Tenía que darme prisa. Empecé a cavar junto a la palmera. Levanté unos cuantos adoquines del piso y aflojé la tierra con un pico. Por la calle murmuraban los vecinos mientras se cuidaban unos de otros. En aquel tiempo, había quien ya solo recorría ligeramente la cortina antes de abrir una puerta, mientras que otras ya ni siquiera se abrían. También corría el rumor de la desaparición del hijo de doña Petra. Se decía que golpeaba cada aldaba buscándolo con desesperación, sollozando, suplicando e incluso amenazando a todo aquel que se mostrara indolente ante su pérdida. Yo no quería que llegara a mi puerta.

La pala se topó con una roca y el golpe seco me cimbró las manos. No había tiempo que perder. Mi respiración jadeante acompañaba el rápido latir de mi corazón. Las campanadas del reloj me urgían y mi esposo estaba por llegar. Debía terminar de inmediato. La imaginación me estaba jugando una mala pasada. Presentía que de un momento a otro llamarían a mi entrada y me encontrarían con las manos en la masa. De ser así todo estaría perdido. Mi pasado y mi futuro se derrumbarían. Si alguien se llegara a enterar, todo habría sido en vano. Nadie debía saber lo que ocultaba.

Inserté una afilada varilla entre el barro y la arista de la piedra, al tiempo que aflojaba con mis uñas todo exceso. Lo-

gré hacerla a un lado mientras la sangre de mis yemas con su hedor a hierro se fusionaba con la tierra. El sudor que me escurría provocaba un ardor entre mis dedos. Ese líquido rojo con olor a metal que goteaba de mis manos, mi transpiración impregnada de un sabor salado y la arena que removía de forma rápida, hacían una mezcla peculiar que sellaba mi secreto.

Cuando consideré que el agujero era lo suficientemente hondo, me detuve a dar un profundo respiro.

Escuché que tocaban con fuerzala aldaba y aún me encontraba en media faena. Me sentía agotada y apenas me quedaban fuerzas. Traté de obviar el llamado, pero el pica-  
porte sonaba insistente. Estaba segura de que no podía ser mi marido, él entraba sin más. Tenía los minutos contados.

Quise controlar mis nervios, pero las piernas me temblaban. Mis sienes palpitaban con un ritmo acelerado. Aun así, logré permanecer en silencio. Mis latidos eran tan fuertes que temía que fueran percibidos por alguien más. Dejé de contener la respiración al percatarme de que aquellos pasos por fin se alejaban. Había conseguido engañarlos.

—¡Agarra lo indispensable! Regresaré por ustedes y por lo que haga falta antes del atardecer. Lo más conveniente es que nos quedemos por un tiempo en la residencia que me han asignado —me dijo Joaquín con urgencia antes de marcharse a trabajar, a la vez que llevaba consigo un par de maletas con sus pertenencias más básicas.

El cofre era pesado y de tamaño mediano, no habríamos podido cargar con él. Además de que, durante el traslado, corría el riesgo de que fuera confiscado si nos llegásemos a topar con las revueltas que eran cada vez más frecuentes por la zona. Estaba segura de que regresaríamos pronto a nuestro hogar y de que su contenido estaría a buen recaudo bajo el suelo que lo ocultaba. La *casa* lo protegería.

Lo mejor era pasar desapercibidos. Teníamos que apartar de la vista aquello que era valioso para evitar la tentación

de un robo. Nadie podría apreciar la cuantía sentimental de nuestras posesiones. No era para nada conveniente la ostentación de lo que otros arrancarían sin contemplación. Aquellos que arrebatan un objeto de tu historia personal no son capaces de valorar su trasfondo. Lo que para unos podía ser un tesoro invaluable, se malbarataba a la vuelta de la esquina. En otros casos, era simplemente destruido, producto de una rabia sin sentido. Ninguno podría siquiera imaginar el significado de una herencia tan íntima.

Lo último que introduje dentro del cofre fue la apreciada gargantilla que antes había sido de mi madre. Era una joya única que se distinguía por tener una combinación de tres tipos de coral que pendían de un antiguo hilo histórico. Trabé el cerrojo y hundí mi fortuna hasta el fondo de la cavidad. Rápidamente la cubrí con tierra y coloqué de nuevo los adoquines sin dejar rastro alguno. En ese momento volví a agradecer que, cuando vivíamos en Tabasco, mi madre me enseñara a arreglar los arbustos del jardín. Desde niña también la observaba combinar diferentes plantas en una maceta para emular la variedad de los verdes que la naturaleza tiñe. Con un poco de atención, solo el daño de mis manos podría haber delatado mi faena, pero no fue el caso.

Por la tarde, al llegar Joaquín cerramos las puertas y protegimos las ventanas. Nuestra ausencia no debería ser muy prolongada. Salimos de la *casa* con sigilo y dejamos nuestra suerte en manos del destino. Partimos seguros y sin mirar atrás.

Tenía que parecer que dábamos un paseo, aunque el entorno no se prestara para ello. Apenas habíamos avanzado un par de calles, cuando nos dimos cuenta de que la gente se amotinaba muy cerca de la Alameda de Tacubaya. Esa imagen me hizo recordar los relatos de mi padre sobre la Guerra de Reforma. ¡No queríamos tener más mártires! Ya habían caído suficientes años atrás en ese mismo lugar.

Pero, nunca faltaban los mirones. Entre ellos reconocimos a algunos hijos de nuestros vecinos que se echaron a correr al ver que se acercaba la gendarmería peatonal. Aprovechamos esa distracción para apresurar el paso y perdernos entre las calles que cada vez se tornaban más solitarias.

Nuestros dos pequeños hijos nos esperaban en casa de mi madre, que se encontraba a la mitad del camino entre la *casa* y el antiguo Arzobispado de Tacubaya. Pasamos por ellos antes de que el ocaso nos alcanzara y continuamos juntos hacia el que sería nuestro nuevo hogar por algunos meses. Aún no sabíamos cuántos.

## 2

# LA JOYA

Tabasco, finales del siglo XIX.

Durante muchos años he sido testigo de estratagemas humanas urdidas con el pretexto de arrebatar posesiones materiales, aquellas que deslumbran a primera vista. Sin embargo, la intención de algunos va más allá de arrancar lo que es más valioso: la dicha ajena. La buena fortuna con la que se nace y que en ocasiones se hereda, no puede fingirse y mucho menos robarse.

He presenciado múltiples eventos. Muchas historias han sido confiadas dentro de mis confines en donde lo superficial suele ser siempre cambiante. Sin embargo, las raíces se mantienen unidas bajo tierra. En la raigambre no solo se intercambian los nutrientes, también se comunican las experiencias vividas. Sin embargo, el susurro de los deseos frustrados se dispersa como el polen arrastrado a capricho del viento.

El episodio que ahora recuerdo aconteció mucho antes de que mi lazo con la familia se consolidara, pero seguido viaja a él mi mente pues, de no haber ocurrido, se habría podido evitar una gran tragedia.

—¡Don Ignacio! Tal como ordenó, el carruaje que los llevará a recibir al señor gobernador se encuentra listo para

cuando usted disponga —dijo Serafín, mayordomo de la gran mansión de don Ignacio Valenzuela.

—¡Ve que avisen a la niña Elvia que partimos dentro de treinta minutos! —indicó don Ignacio—. Debemos llegar antes que don Simón.

—El día de hoy luciré mi cuello desnudo para que sea más notoria la ausencia de la joya que espero recibir —exclamó orgullosa Elvia mientras empujaba a su doncella Inés para acaparar el reflejo de su imagen en el cristal decorado, pensando en la fotografía que le podrían hacer posando junto a don Simón.

—¡Qué bonita está mi niña Elvia! ¡Cuánto se parece a su difunta madre! —suspiró Inés recordando sus años de servicio a la esposa de don Ignacio Valenzuela.

—¡Cállate, Inés! ¡No tienes la más mínima idea! Deberías notar que me parezco a mi padre —espetó Elvia mientras recordaba que su madre era oriunda de un pueblo de Tabasco a cuyo nombre no le daba importancia alguna. La hermosura de su progenitora cautivó a su padre de inmediato, pese a que conservaba esos rasgos mestizos que Elvia tanto despreciaba.

—¡Siempre aturden con las comparaciones! Nunca cesan. ¡Estoy cansada de que me comparen! Unos días lo hacen con mi madre quien, a pesar de estar muerta, no deja de ser admirada. Otras veces con mis ponderadas primas, siempre fastuosas. Otras tantas con aquellas educadas señoritas de Granada y de Barcelona a quienes ni siquiera conozco. ¡Por supuesto que mis excelsas primas son por parte de mi padre! La familia de mi madre desapareció después de que ella se casó. ¿O fue mi madre quien quiso desaparecer de su familia? ¡No lo sé! ¡No la culparía! —afirmó Elvia—. Además, me molesta cuando hacen alusión a mis ojos color negro azabache, dizque a tono con el pelo de mi madre. Pero, eso sí, dicen que el color azul de los ojos de mi prima

Amada evoca las tranquilas aguas del Mediterráneo. ¡Es más azul el mar Caribe y no lo mientan!

Elvia Valenzuela hablaba con orgullo de sus tierras. Decía que Guadalupe de la Frontera era uno de los principales puertos de Tabasco que daban entrada al comercio europeo. Siempre vigilado por aquellas familias de abolengo de la capital tabasqueña. Tenían información sobre todo tipo de mercancías que llegaban para internarse al país, principalmente con destino a la Ciudad de México. Una indiscreción durante pláticas de negocios se convirtió en rumores estridentes entre las esposas de los comerciantes. Comentaban que el encargo del exclusivo collar de coral Piel de Ángel no continuaría el tradicional camino hacia aquella ciudad donde se acaparaba la mayor parte de las importaciones.

En particular se hablaba de esa gargantilla con una exquisita gota de dicho coral con varios tonos de color salmón ligeramente difuminados. La gota pendía de una gema mate tallada con forma de rosa. Por cada uno de los dos extremos, ascendían tres bloques de un brillante oro blanco con forma de virgulilla. Cuatro diamantes engarzados en cada una de las ondas asemejaban el vuelo de un ave que recorría la delicada pieza. En cada lado se remataban con un fino botón de coral Sangre de Toro, con la facultad de iluminar hasta el rostro más pálido de la portadora. Finalmente, los sutiles eslabones de platino ya estaban prestos para rodear el cuello de la afortunada joven que lo poseyera.

—¡Papá! ¿Crees que don Simón me obsequie hoy mismo la gargantilla que todos murmuran? ¿Sabes que es un secreto a voces! Él mismo la encargó para distinguir a su futura esposa —decía Elvia mientras bajaba rápidamente las escaleras sosteniendo su vestido con ambas manos para evitar un tropiezo.

—¡Se nota que estás al tanto de las noticias! Don Simón solo ha sido discreto al no mencionar el nombre de la desti-

nataria de sus atenciones, pero es notorio el fervor que emana cuando de ella se expresa. El padre de don Simón me tiene en muy buena estima, sin mencionar los muchos favores que le hice durante su administración. Ya me he ocupado de hacer las gestiones correspondientes. Además de que no podrán pasar por alto tu distinción ni obviar todos tus atributos. ¡Cuánto lamento que tu madre ya no esté aquí para ver a la mujer en la que te has convertido! No te preocupes, a ti siempre todo te sale bien. ¡Vamos! Se hace tarde y no es bien visto que llegemos después del anfitrión.

—¡En efecto! ¡Don Simón es todo un caballero conmigo! Pero quiero estar presente no solo en los eventos sociales que te convocan. Deseo que me vea también en sus paseos vespertinos, en la sopa, en el agua que bebe y en sus sueños. Que no pueda respirar si no estoy a su lado, tal como me sucede a mí. Seguramente ha sido mesurado para no comprometer su nuevo cargo. Pero hoy será el titular de la gubernatura y al fin dejará la sombra de su padre— comentaba Elvia mientras se dirigían al lugar del evento.

Cuando Elvia y su padre llegaron a la recepción, el salón ya se encontraba ocupado por numerosos asistentes, entre ellos políticos, comerciantes y amigos comunes.

—Sabía que no podía faltar por aquí mi astuto amigo don Ignacio —dijo Román Montenegro, al tiempo que estrechaba cálidamente al empresario—. Pero no imaginaba que una joven tan agraciada le acompañara el día de hoy —continuó mientras lanzaba una mirada lasciva hacia su hija, quien correspondió al cumplido con una leve pero comprometida reverencia.

El fino y aperlado encaje español que rozaba los rizos de Elvia continuaba ajustado hasta develar su breve cintura. Misma que invitaba a ser fuertemente ceñida por los atrevidos y viejos socios del mayor empresario en la explotación del chicle y de maderas preciosas de las orillas del río Grijal-



va. Siempre existía el pretexto de compartir inocentes pasos de baile para acercarse a la hija del principal hacendado de la región, a pesar del desdén e indiferencia que ella les profesaba.

Elvia Valenzuela ya contaba con el poder económico que le garantizaba la herencia de su padre. Pero al mismo tiempo, codiciaba tener los beneficios de pertenecer al más alto estatus de la clase política que le implicaría mantenerse al lado de su ansiada presa.

Cesaron los compases de la orquesta cuando el nuevo gobernador del Estado de Tabasco, Simón Sarlat Nova entró al salón acompañado de Amada Dueñas, una alta y esbelta joven que lucía en su espigado cuello la anhelada gargantilla Piel de Ángel. Los ojos de los asistentes se enfocaron en la frágil y elegante dama que por vez primera se le veía sostenida del brazo del nuevo gobernador. Unas eran miradas de admiración mientras otras provenían acompañadas de envidia; sentimiento repelido por las propiedades atribuidas a la gema como una defensa ante enemigos. Sin saberlo aún, ella se encontraba protegida.

—Mosquita muerta, no te durará mucho el gusto —murmuró para sí Elvia ante la aparición de su prima Amada, al tiempo que un mesero iba pasando con una bandeja de bebidas. En un arrebato, tomó una de las copas servidas y, sin darle ningún sorbo, avanzó decidida a arruinar la noche. Se acercó con el pretexto de saludar a la pareja que era el centro de atención de los invitados y que se encontraba acompañada de los padres de don Simón, el gobernador saliente Simón Sarlat García y su esposa María de Jesús, sostenida de su brazo.

Un inesperado movimiento del personal de servicio golpeó con la charola la mano de Elvia que se aproximaba súbitamente. Desvió el objetivo de su premeditada intención al verter accidentalmente el intenso líquido escarlata de la

copa que sostenía, sobre el vestido de doña María de Jesús en lugar de impregnar con su rojo veneno la delicada seda que portaba Amada Dueñas.

—¡Doña María, usted disculpe este incidente! Deberían adiestrar adecuadamente a este inepto personal de servicio que no se muestra atento a nuestros movimientos. ¡Este mozo debería de haber visto mi intención de darles mis afectuosos saludos! —exclamó Elvia prepotente mientras el camarero intentaba vanamente limpiar el vino derramado.

Doña María de Jesús se vio obligada a abandonar el recinto intentando con apabullante silencio, contener su ira ante semejante obvedad. Fulminó con mirada despectiva a Elvia Valenzuela a quien veía siempre presente, como inde-seable lapa en constante acecho de su hijo, en gran parte de los eventos a los que convocaba la gubernatura del Estado.

A pesar del bochornoso accidente, Elvia no deseaba abandonar el evento. Participaba de la tertulia al cobijo de su padre. En esos acontecimientos es donde la sociedad se percata de lo que todos quieren que se conozca, pero aún más de lo que nadie desea que se enteren. Era el lugar perfecto para ver y dejarse ver.

«Amada ni siquiera tuvo que salir de casa para conocer a don Simón», pensó Elvia con rabia cuando, entre conversaciones, cayó en la cuenta de las visitas que los gobernadores hacían a don Julián Dueñas, comerciante, político tabasqueño y padre de Amada Dueñas.

—¡Qué elegante luce la hija de don Julián! —decían.

—¡Esa joya le queda de maravilla! —cuchicheó a Elvia una de las damas que rodeaban al gobernador—. ¡Esa gargantilla no podría estar a mejor resguardo! Tiene el porte más distinguido que haya visto en mucho tiempo.

—¡Podía haberle regalado un collar nuevo! Ese lo trajeron de Granada y escuché que perteneció a la duquesa de Miravalle. ¡Es un collar usado!

—¡Es una joya muy valiosa! Además de hermoso, su valor se debe precisamente a la historia que tiene. La duquesa se quedó en Granada, pero ahora muchos años después, la gargantilla regresó a su lugar de origen. Bueno, en realidad, en aquella época la duquesa de Miravalle vivía a las orillas de la Ciudad de México en la llamada Hacienda de la Condesa. Se dice que mandó hacer esa pieza, sabedora de las propiedades mágicas del coral. Se encontraba bien protegida por esa gema, considerando que su dominio era extenso, pero también codiciado —añadió la dama.

Fueron muchos e igualmente fallidos los intentos de desprestigio que maquinó Elvia en contra de Amada Dueñas, su prima segunda, sin que alguno de estos infundios llegara a oídos del gobernador. No había quien alentara aquellos falsos rumores que podrían poner en juego la buena posición política que las personas cercanas al gobernador iban escalando con esa nueva administración. Además de que no era concebible que la gracia de Amada fuera maculada a sabiendas de que su presencia era nula en eventos de sociedad. La segunda vez que Amada Dueñas fue vista en público se encontraba en la iglesia, camino al altar del brazo del gobernador don Simón Sarlat Nova.

Por lo tanto, la astuta Elvia cambió de estrategia para mantenerse cada vez más cerca de su prima. Pretendía obtener de una u otra forma la atención y el beneplácito del gobernador, pero sin desaprovechar la oportunidad que le brindaba la unión matrimonial con Román Montenegro, otro insaciable empresario maderero que con taimadas estrategias se iba apoderando de maderas nobles en la selva Lacandona durante la administración del sucesor de la gubernatura de Tabasco, una vez que don Simón Sarlat fue designado cónsul de México en Barcelona.

Simón Sarlat se volcaba en su trabajo y solo tenía ojos para su familia que crecía. Nunca se enteró de las intenciones de Elvia a quien la distancia y el destino la separaron de su amor platónico. Aunque no sería por mucho tiempo.

Era el final del siglo XIX cuando don Simón trasladó a su familia a la bella ciudad catalana donde se estableció con su esposa Amada y sus hijas Aminta y Julia, la menor de ellas y vivo retrato de su madre.

Al llegar a Barcelona los recibió Aurora, diosa del amanecer que cruza el firmamento en un ostentoso carruaje tirado por cuatro caballos para abrir paso al nuevo día. Julia y su hermana escuchaban con atención la leyenda que su madre Amada les narraba a la sombra de grandes árboles. De cómo la diosa Aurora venía en su carruaje desde el borde del océano abriendo paso a su hermano Helios, el dios Sol, al tiempo que señalaba la dorada *Cuadrige de la Aurora* que, con sus destellos iluminaría al mundo. Hacía pocos años que se había abierto al público el parque de la Ciudadela donde majestuosa, luce sobre la cascada la hermosa escultura.

—Parece que los caballos salen de entre el agua —decía Julia, a quien le gustaba echar a volar una imaginación que su madre alentaba.

—Aurora vive en las profundidades del mar. Deberíamos verla cada mañana desde el horizonte, sin embargo, como su hermano viene detrás de ella con una luz cegadora, no nos es posible. Por eso, Aurora es tan dorada, como lo son los rayos del sol —respondía Amada para continuar con sus hijas el paseo por el parque al que acudían regularmente durante los años que vivieron en España.

Simón Sarlat procuraba que su familia lo acompañara en sus múltiples viajes. Era París el destino más recurrente, donde también se desenvolvían con naturalidad por el dominio que tenían del idioma.

Entretanto, de este lado del Atlántico, la inconformidad con la nueva administración de Tabasco, después de dieciséis periodos de la dictadura ejercida por el general Bandala que emulaba al régimen porfirista, llevó a sus habitantes a un estado de ingobernabilidad.

Era latente el riesgo de que la hacienda de Tabasco, legado de la familia Valenzuela, fuera tomada y sin posibilidad de retorno como resultado de la semilla de la inestabilidad política que germinaba en todo el país. Se iniciaba un movimiento revolucionario y los peones de las principales haciendas volcaron su furia hacia sus verdugos. Víctimas de una constante explotación y haciendo justicia por sus propios medios, hicieron caer a muchos hacendados. Elvia Valenzuela quedó viuda al mismo tiempo que perdió a su padre.

Don Simón Sarlat y su familia regresaron a México en los primeros años del siglo XX tras haberse declarado nulos los poderes en el Estado de Tabasco. Don Simón intentaría administrar aquel desorden desde la Ciudad de México, como nuevo senador de la entidad tabasqueña. La familia Sarlat ya no regresaría a San Juan Bautista. Se instaló cerca de mí, en la Villa de Tacubaya, allí al alcance de mi territorio, donde conseguía percibirlos.

Paciente y calculadora, Elvia Valenzuela continuaba sus planes que, envenenados de rencor y resentimiento la hacían creerse dueña del collar e incluso del destino que la hubiera acercado más tarde hacia mí. No había perdido noticia alguna de la familia que le hacía hervir la sangre. Era tal su seguimiento, que no le permitía disfrutar de su propia vida. La mayoría de sus actividades giraban en torno a su prima Amada a quien visitó en la primera oportunidad que tuvo en su casa de Tacubaya.

Ya en la Ciudad de México, Elvia llamó a la puerta de la casa del portal de Cartagena, que después de algún tiempo

compartió conmigo los secretos que toda casa alberga dentro de sí. Una vez que anunciaron su llegada, Amada no la hizo esperar. La acompañó por la escalera que conducía al amplio salón y cuando Elvia levantó la mirada, lo primero que llamó su atención fue el enorme retrato de su prima que pendía al centro del muro principal, sobre la chimenea. Era una excelente pintura que don Simón le mandó a hacer a su esposa durante su estancia en Barcelona, mientras ella posaba, elegante, con la gargantilla Piel de Ángel. Elvia miraba el retrato, imaginándose en él, al besar, como lo hizo Judas, cada una de las mejillas de Amada.

—El artista me favoreció mucho en esta obra, pero no omitió detalle alguno con la majestuosidad de la joya que me regaló Simón —dijo Amada después de observar que la mirada de Elvia se desviaba hacia la pintura—. La llevará en su boda la primera de mis hijas que contraiga matrimonio.

—¡Habremos de encargarnos de elegir a la mejor pareja para ese matrimonio! —asintió Elvia Valenzuela con una sonrisa mustia mientras elucubraba la cercana vigilancia que tendría para Julia, a quien consideraba la pareja más agraciada para su hijo Evaristo Montenegro.